—¿No hay nadie por aquí? ¿No hay nadie por aquí?

Al cabo, acercóse un labriego y los acompañó hasta el camino.

Aterrábale á Patissot llegar á la casa de Boivin.

Abrióse bruscamente la puerta, y, semejante á las antiguas furias, apareció la señora Boivin con una vela en la mano.

Al ver en qué forma llegaba su marido, lanzóse hacia Patissot, vociferando:

—¡Ah, canalla! ¡Bien sabía yo que lo emborracharía!

El infeliz Patissot, con un miedo espantoso, dejó caer á su amigo en el barro de la callejuela, y corriendo cuanto pudo, encaminóse á la estación.

PESCADORES DE CAÑA

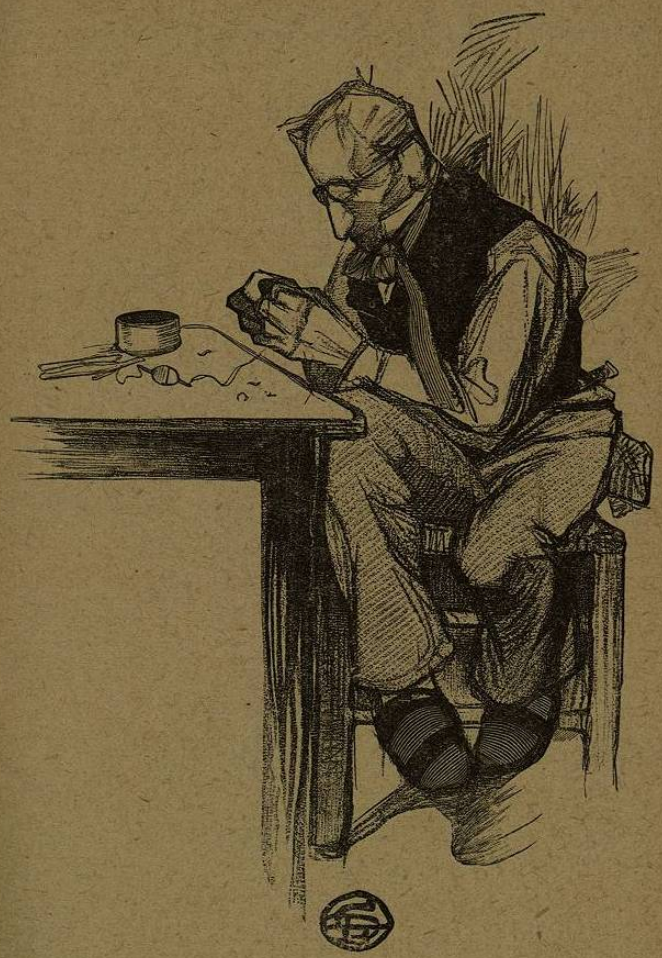
La víspera del día fijado para echar por vez primera un anzuelo en el río, el señor Patissot compró, mediante 80 céntimos, un ejemplar del *Arte de pescar con caña*. En ese libro halló muchas cosas útiles; pero lo que más le agradaba era la forma en que se referían, y aprendió de memoria estos párrafos:

«En una palabra: ¿Quiere usted, sin preocupaciones, sin documentos y sin reglas, quiere usted salir triunfante y pescar con éxito á la derecha, á la izquierda ó de frente, descendiendo ó remontándose, con apariencia de conquista que no admite dificultad? Pues bien: pesque usted antes de una tormenta, mientras descarga y cuando ha pasado, cuando el cielo se entreabre y aristas de fuego

desgarran las nubes, cuando tiembla la tierra, estremecida por los prolongados rugidos del trueno; en tales circunstancias, sea por avidez, sea por terror, todos los peces, agitados y turbulentos, abandonan sus costumbres para lanzarse á una especie de batuda universal.

»Aprovechando la confusión, ya siga los preceptos que señalan ciertas probabilidades, ó ya los olvide, vaya de todos modos á pescar, seguro de obtener un triunfo.»

Para poder cobrar simultáneamente peces de todos tamaños, compró tres cañas de las que, divididas en varios fragmentos, que se insertan unos dentro de otros, toman la forma de un bastón. Para los gubios compró anzuelos del núm. 15, del núm. 12 para los sargos, y con los del 7 se proponía llenar su cesta de carpas y barbillos. No compró lombrices de agua, seguro de hallarlas en cualquier parte, pero hizo buena provisión de gusanos blancos. Tenía un tarro lleno, y por la tarde, al salir de la oficina, los contemplaba. Los repugnantes animalitos esparcían un hedor asqueroso, removiéndose y caracoleando entre el salvado como lo hacen en la carne podrida; Patissot quería ejer-



citarse aprendiendo á clavarlos en el anzuelo. Cogió uno con bastante repugnancia, y apenas lo aplicó á la punta acerada y corva, se le reventó, vaciándose por completo. Hizo veinte veces la prueba con igual resultado, y seguramente pasara la noche entretenido en aquella desmañada maniobra si no temiera que se le agotasen las provisiones.

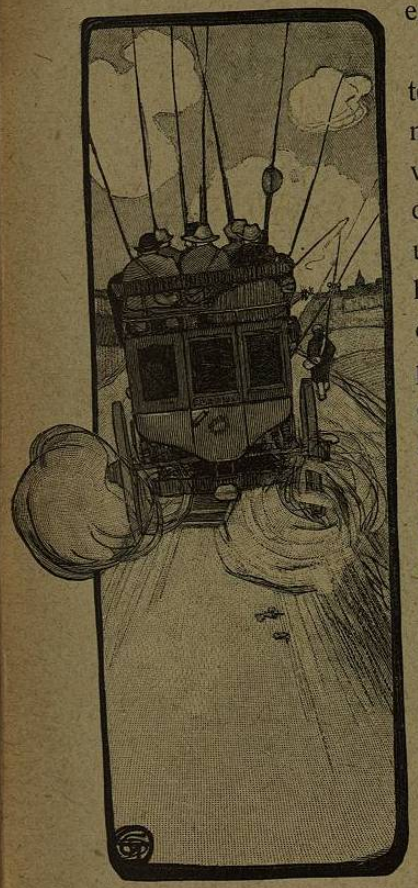
Tomó el primer tren de la mañana. La estación estaba llena de aficionados provistos de sus cañas de pescar. Unas, como las de Patissot, parecían gruesos bastones, y otras que no se desarmaban, de una sola pieza, alzábanse disminuyendo hacia el extremo superior.

Todas juntas formaban una especie de bosque de troncos delgados, que se mecían cruzándose y chocando como espadas, sobre un oleaje de sombreros de paja de alas anchurosas.

El tren se puso en marcha, y las cañas asomadas á las portezuelas y erguidas en las imperiales, le daban el aspecto de una gigantesca oruga que se arrastrara sobre la vía.

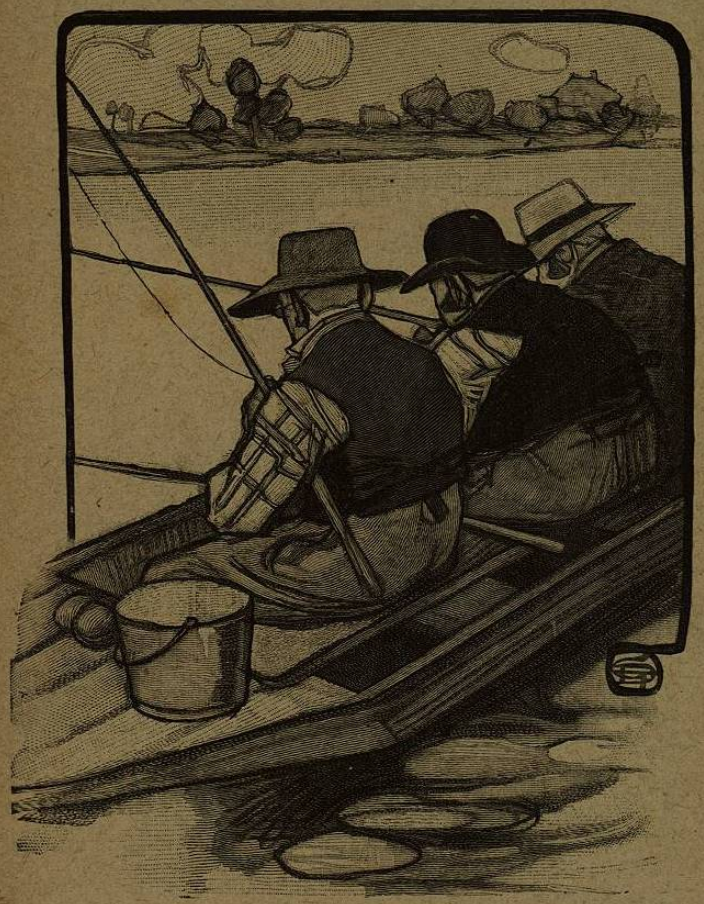
Se apearon en Courbervoie, tomando por asalto la diligencia de Bezons. Un tropel de pescadores

encaramóse apiñado en la imperial, y como iban las cañas en alto, el coche avanzaba como un enorme puerco espín.



A lo largo de la carretera veíanse constantemente hombres que llevaban la misma dirección, como si formaran una romería interminable hacia una Jerusalén desconocida. Todos iban provistos de cañas, recordando con su aspecto á los viejos peregrinos que regresaban de Palestina; y llevaban todos también un tarro de hoja de lata pendiente á un costado, traqueteándose con el apresuramiento.

En Bezons apareció el río. En ambas orillas una doble hilera de hombres enlevitados y otros con



trajes de dril ó con blusa, de mujeres, niños y hasta jóvenes casaderas, pescaban.

Patissot dirigióse hacia la presa donde le había citado su amigo Boivin, el cual le recibió con bastante indiferencia. Acababa de ponerse al habla con un señor grueso, de unos cincuenta años próximamente, robusto en apariencia, y con el rostro muy tostado por el sol. Entre los tres alquilaron una lancha y fueron á colocarse al pie de la presa, donde acuden los peces atraídos por el agua removida.

Boivin se preparó con ligereza, y después de lanzar el anzuelo bien preparado, quedóse inmóvil, con la mirada fija en el flotador de corcho, cuyos movimientos absorbían toda su atención. Pero de cuando en cuando sacaba del agua el sedal para lanzarlo un poco más lejos. El señor grueso, cuando hubo sumergido sus anzuelos bien cebados, dejó su caña apoyada en las bordas, y después de llenar su pipa tranquilamente la encendió, y cruzándose de brazos distraíase viendo correr el agua, sin preocuparse poco ni mucho del flotador. A Patissot se le reventaban todos los gusanos. A los cinco minutos, dirigiéndose á Boivin, le dijo:

—Señor Boivin: Si fuera usted tan amable que me cebara el anzuelo con estos animalitos. Por más que lo procuro, no acierto á enfilarlos.

Boivin levantó un instante la cabeza, murmurando:

—Le ruego á usted que no me interrumpa, señor Patissot; no estamos aquí para perder el tiempo.

A pesar de lo cual, cogiendo el anzuelo que su amigo le ofrecía, lo cebó. Patissot, lanzando el sedal, imitaba como un humilde aprendiz los movimientos del maestro.

La superficie del agua, removida sin cesar por el sobrante de la presa, ofrecía un apoyo inseguro á la lancha, sacudida por bruscos movimientos y girando como un peón, á pesar de hallarse amarrada en corto. Absorbido por la pesca sentía Patissot un malestar vago, angustioso, un dolor de cabeza, un desvanecimiento extraño.

Y mientras el flotador no daba señales de que los peces acudieran al cebo, el señor Boivin, excitado, revelaba su inquietud en gestos agrios y en abatimientos dolorosos; dolíase Patissot de todo, como si se hallara bajo la presión de un desastre: sólo el señor grueso, inmóvil, fumaba la pipa con

absoluta indiferencia, con apacible tranquilidad, sin preocuparse de su caña poco ni mucho.

Al cabo, Patissot, desolado, inclinóse hacia él y con voz doliente le dijo:

—¿No pican?

El otro respondióle con mucha naturalidad:

—¡Rediez!

Aquella interjección sencilla, que denotaba una entereza de ánimo prudente, asombró á Patissot.

—¿Tuvo usted mejor fortuna otras veces?

—¡Jamás!

—¿Cómo jamás?

El señor gordo, lanzando al aire más humo que una chimenea de fábrica, soltó estas frases, que desconcertaron á su compañero:

—Me fastidiaría mucho que picaran. No vengo en busca de pesca; vengo porque aquí se pasa muy agradablemente la tarde, porque se alborota el agua como en el mar, y sacude las barcas. Traigo una caña, solamente para no diferenciarme de los otros que vienen á pescar.

Al señor Patissot, en cambio, lo que menos gracia le hacía era el balanceo; su angustia, vaga en

un principio, tomó al fin caracteres bien determinados. Positivamente, como si la barca sufriese los embates de las olas, habíase mareado.

Para librarse del malestar que le amenazaba, propuso volver á la orilla; pero Boivin, furioso contra él, negóse á complacerle y estuvo á punto de abofetearle por su importuna proposición. Afortunadamente para el infeliz empleado, más compasivo el señor gordo, se impuso, y arrimó á la orilla la barca.

En cuanto las angustias de Patissot desaparecieron, se preocuparon los tres de almorzar.

Podían elegir entre dos establecimientos.

Uno reducido, con aspecto de ventorrillo, frecuentado por toda la hez de los pescadores. Otro que se llamaba *La Quinta de los Tilos*, tenía el aspecto de una residencia familiar y allí se acogían los pescadores más distinguidos: la crema de la caña. Sus dueños, enemigos de nacimiento, lanzábanse miradas terribles, llenas de odio, distanciados por un terreno de bastantes anchuras, donde se alzaba la casita blanca del guarda y del peón de la presa. Los dos representantes de la ley también tenían opiniones contrarias, interesándose uno por

el ventorrillo y otro por la quinta. Las constantes disensiones de aquellos tres edificios aislados, eran una minúscula reproducción de la Historia universal. En todas partes las mismas rivalidades y los mismos desacuerdos.

Boivin, asiduo en otras ocasiones del ventorro, lo propuso, recomendándolo:

—Sirven con mucha limpieza y económicamente. Ya lo verán. Sólo me falta, señor Patissot, advertirle que no conseguirá emborracharme como el domingo pasado. Mi mujer está furiosa y ha hecho juramento de no perdonárselo á usted en toda su vida.

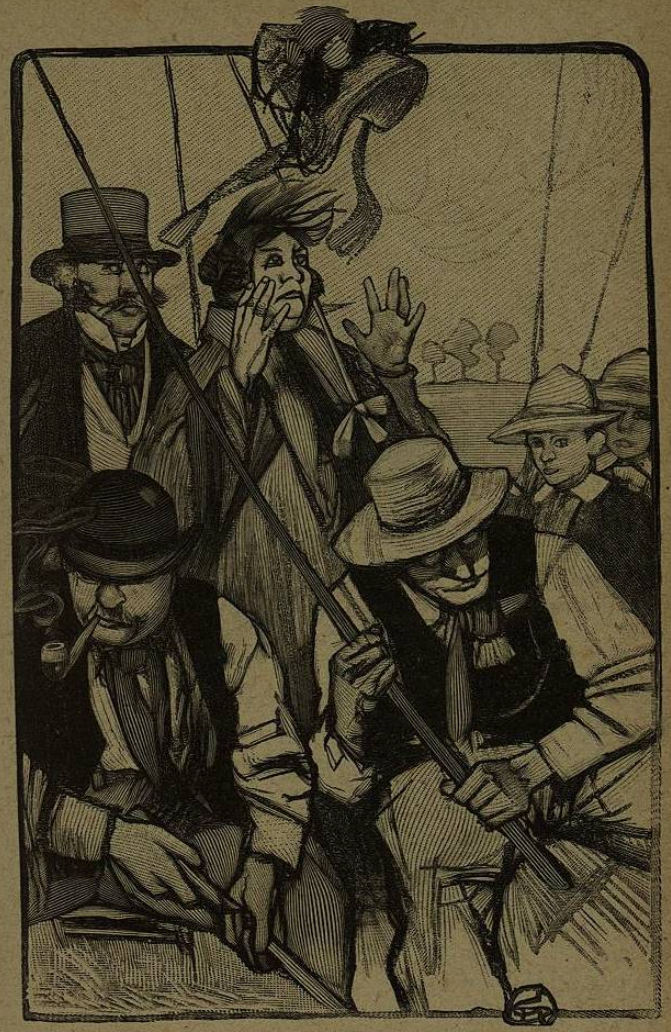
El señor gordo manifestó su resolución de almorzar en la *Quinta de los Tilos*, un establecimiento, á su juicio, excelente, donde guisaban tan bien como en las mejores fondas de París.

—Haga usted lo que le plazca—replicó Boivin—; pero yo no renuncio á mis costumbres.

Y se fué hacia el ventorrillo.

Patissot, al cual tenía muy descontento, no le siguió, entrando en la *Quinta de los Tilos* con el señor gordo.

Almorzando, tranquilamente, discurrieron acer-



ca de varios asuntos, en absoluta conformidad, convencidos al fin de que simpatizaban.

***

Levantándose de la mesa, empuñaron otra vez las cañas de pescar. Los dos nuevos amigos, departiendo agradablemente á lo largo de la ribera, se detuvieron bajo el puente del ferrocarril, echando al agua los aparejos sin interrumpir la conversación. Los peces no picaban allí tampoco, pero Patissot ya no se impacientaba.

Una familia se acercó á ellos. El padre, con patillas de magistrado, llevaba una caña larguísima. Tres muchachos de corpulencia y de estaturas distintas, llevaban también aparejos de tamaño distinto, conforme á la edad de cada uno, y la madre, muy rolliza, manejaba, con pulcritud femenina, una preciosa caña con un lazo de color en la empuñadura.

El caballero saludó, preguntando:

—¿Es buen sitio este, señores míos?

Disponíase Patissot á contestarle, cuando el señor gordo anticipó un juicio decisivo:

—¡Excelente!

Y la familia, sonriendo, se instaló en torno de los dos pescadores.

Entonces acosó á Patissot el deseo irresistible de pescar algo, cualquier cosa, un pez como un mosquito para que aquellas gentes le admirasen; maniobraba con su aparejo como el mismo Boivin, imitando lo que le vió hacer por la mañana. Dejó que la corriente arrastrara el flotador hasta que la parte del sedal no sumergida tocase á la superficie del agua en toda su extensión. Dando una sacudida, levantaba por el aire los anzuelos; después, haciéndoles describir un semicírculo, sumergíalos nuevamente más allá, para ver el flotador de nuevo arrastrado por el agua. Llegóse á imaginar que, adiestrado en aquella maniobra, la realizaba con elegancia, cuando al descubrir el anzuelo una de sus rápidas curvas, lanzado por un tirón rudo, quedó sujeto en algo, á la espalda. Dió Patissot un tirón más fuerte para desengancharlo, y, describiendo una órbita de meteoro, apareció sobre las aguas del río un magnífico sombrero de señora, cubierto de flores y cintas.

Aterrado, volvió la cabeza, desprendiéndose de sus manos temblorosas la caña, que siguió al som-

brero, arrastrados por la corriente del río, y entre tanto, el señor gordo se revolcaba muerto de risa.

La señora, sorprendida y despeinada, entregábase á sus propios furores; el marido, terriblemente incomodado, exigió que se le pagara el sombrero, y Patissot pagó triple de lo que valía.

Luego alejóse la familia, reposadamente.

Patissot, empuñando con insistencia otra de sus cañas, tuvo el cebo en remojo hasta el anochecer. Su compañero dormía tumbado tranquilamente sobre la hierba de la orilla, y hasta las siete no despertó, diciendo al punto:

—¡Vámonos!

Entonces Patissot, decidido á recoger sus inútiles trebejos, retiró del agua el sedal dando el tirón de costumbre. Una sorpresa le aguardaba; una sorpresa tan grande que le hizo perder el equilibrio y arrancó á sus fauces un grito desentonado, entusiasta. Balanceábase al extremo del sedal un pez como una sanguijuela. Estaba cogido por el vientre;

había tropezado en el anzuelo por casualidad.

Aquello fué un triunfo, una gloria inesperada. Patissot quiso que se lo frieran para comérselo él solo.

Durante la comida continuó intimando con el señor gordo, su acompañante. Supo que vivía en Argenteuil, que navegaba por el río, á la vela, desde su juventud, sin fatigarse nunca de semejante diversión, y fué invitado á un almuerzo en casa de su nuevo amigo para el domingo siguiente, quedando proyectada una larga excursión acuática en el esquife *Plongeon*, propiedad exclusiva de aquel señor gordo.

Le interesaba de tal modo el diálogo, que llegó á olvidarse de su pesca; pero cuando estaba tomando el café se le vino á la memoria recuerdo tan grato, y exigió que se lo sirvieran inmediatamente.

Comió el pececillo —del tamaño de una cerilla—con mucha parsimonia, relamiéndose, orgulloso de su fortuna.